

# La Salida kafkiana

Agustín Sierra

Hace poco presencié una conversación literaria en la que, entre otros asuntos, se discutió la relación primordial de cualquier obra con la vida del autor, un nexo inevitable que permite una hermenéutica profunda de los textos. Más tarde me acordé de la anécdota que cuenta cómo Schopenhauer, cansado de que sus alumnos le abandonaran para llenar las clases de Hegel, que impartía cursos al lado, abandonó su puesto en Berlín para dedicarse a viajar y a escribir. El tiempo libre y la fortuna de su familia le inspiraron.

Si Kafka hubiera dispuesto de tales privilegios hubiese echado a volar del nido familiar sin mayores titubeos, aunque muy posiblemente sus escritos no habrían rezumado miedo. Y debo decir que no me interesa tanto el miedo en sí del autor checo como la aceptación de éste y su dependencia. Escribió: «...lo que hago es algo simple y evidente: en la ciudad, en la familia, en la profesión, en la sociedad, en las relaciones amorosas (si quieres, puedes ponerlas en primer lugar), en la comunidad existente o deseada de un pueblo, en todo esto no he llegado a satisfacer las exigencias, y ello a tal extremo —lo he observado cuidadosamente— como no le ha ocurrido a nadie en torno a mí»<sup>1</sup>.

En un continuo contraste de direcciones, Kafka caminó desde pequeño bajo el prisma arbitrario de su padre: rebelarse contra sus normas a la vez que aceptarlas le imprimieron de una culpa que no le dejó vivir. En su novela *El proceso*, el protagonista, aun no comprendiendo las razones de su detención, no monta en cólera sino que se resigna y procura avanzar por el entramado burocrático que le permita el acceso a la Ley. Pero esta ley titánica y enmarañada no puede, para Kafka, mostrarse cercana, pues en tal caso el mundo tendría menos sentido todavía. Para él, el orden establecido carece de armonía porque su vida ha estado salpicada de tropiezos, de innumerables temores: a la soledad, al rechazo social (en una carta a su novia, Felice Bauer, le confesó que «temor, cercano a la indiferencia, es el sentimiento básico que tengo ante la gente», al fracaso («Cuando ya empezaba a hacer algo que no te gustaba y tú me amenazabas con el fracaso, mi respeto a tu opinión era tan grande que ese fracaso, aunque tal vez viniese más tarde, ya era inevitable. Perdí la confianza en lo que hacía»<sup>2</sup>. El mundo caprichoso en el que se mueven sus

---

1. Franz Kafka, *Cartas a Max Brod* (1904 - 1924), Grijalbo Mondadori, Madrid, 1992, trad. de Pablo Diener-Ojeda, p. 127

2. Franz Kafka, *Carta al padre y otros escritos*, Alianza Editorial, Madrid, 1999, trad. de Carmen Gauger, p. 34

personajes no es más que la extensión de su propia vida, el oscuro reflejo que revela el miedo que se apropiaba de él como un elemento indisoluble a su existencia. Y tal elemento lo impregnó desde sus primeros años. Escribió: «Por ello el mundo quedó dividido en tres partes: una en la que yo, el esclavo, vivía bajo unas leyes que sólo habían sido inventadas para mí y que además, sin saber por qué, nunca podía cumplir del todo; después, otro mundo que estaba a infinita distancia del mío, un mundo en el que vivías tú, ocupado en gobernar, en impartir órdenes y en irritarte por su incumplimiento, y finalmente un tercer mundo en el que vivía feliz el resto de la gente, sin ordenar ni obedecer»<sup>3</sup>.

El mundo no encierra ningún sentido pero, por qué iba a tenerlo. El empeño de Joseph K. por obtener respuestas, el intento de llegar al Castillo del agrimensor K., el mensaje que jamás alcanza su destino, no son más que el eco de esa tensión constante y del miedo que gobernaban los pasos de Kafka. Y en una angustiada vuelta de tuerca, de la aceptación de ese modo de vida, pues Kafka no perdonó a sus personajes como tampoco él se perdonó a sí mismo. En *La Condena*, el protagonista Georg Bendemann, ante un padre al que considera aún un «gigante», acepta la pena de muerte impuesta por su conducta despreciable. Kafka, consciente de la frágil relación que mantenía con su progenitor, le escribió una carta en 1919 que no llegó a leer nunca, aunque sí su madre.

Es interesante que su amigo y editor Max Brod, en una de sus frecuentes correspondencias, le remitiera en 1922 a la doctrina freudiana: miedo = erotismo reprimido. El escritor rompió tres compromisos matrimoniales, fallidos intentos que él explicaría por no ser «espiritualmente apto para el matrimonio». Kafka le comentó a Felice Bauer en 1913 que su verdadero miedo en torno a ella era que nunca la podría poseer. El ideal sostenido en relación a sus padres le amarró de tal forma que le infantilizó, el objeto de su deseo no podía transformarse en obscenidad, y el miedo le ahogaba cada vez que el compromiso se materializaba. Él mismo se identificaba abiertamente con el padre en este asunto, «(...) el mayor impedimento matrimonial es la convicción, ya imposible de eliminar, de que para tener una familia y más aún para dirigirla hace falta todo lo que he visto en ti, y además todo junto, lo bueno y lo malo»<sup>4</sup>.

Kafka se resigna a su vida, al miedo constante que le somete por las noches, cuando no le deja dormir, a la tuberculosis que le carcome, una enfermedad a la que había provocado durante años y de la que no ve escapatoria. Sin embargo, ese estado de somnolencia, ese territorio siniestro a través del cual se despliegan sus

---

3. Ibid, p. 30.

4. Franz Kafka, *Carta al padre...*, op., p. 70.

fantasmas, no es otro que aquel que le permite escribir, a veces de manera ferviente, sin descanso. «Para Kafka, el tiempo de la escritura es un momento tenebroso, oscuro, alejado de la luz racional, como le dice a Max Brod en una carta de 1922: “El escribir (...) se me hizo evidente que se trataba del salario por servicios diabólicos. Este bajar a los oscuros poderes, ese desencadenamiento de los espíritus encadenados por naturaleza, dudosos abrazos y cuantas cosas puedan ocurrir todavía allá abajo, de las cuales no se sabe nada arriba, cuando se están escribiendo narraciones a la luz del sol. Quizá exista también otra forma de escribir, pero sólo conozco ésta”»<sup>5</sup>.

Ese miedo fue el precio que pagó, en cierta medida, por sus narraciones. El temor de no ser aceptado por nadie — ¿convertirse en cucaracha su única alternativa?— puede aplicarse a su situación de judío checo inmerso en la cultura occidental, en una época en la que los nacionalismos despuntaban; viviendo con checos pero ligados a la cultura alemana. La sensación de ser un extranjero tampoco le abandonó y en las calles de Praga podía escuchar cómo tachaban a los judíos de «raza sarnosa».

Una tarde de 1897 Franz Kafka escribía una novela en el salón de su casa, acompañado por su familia. En un momento dado su tío se dirigió a él, le quitó los papeles y, ante la mirada cómica de la concurrencia, los levantó y echándoles un vistazo dijo: “Las mismas pamplinas de siempre”. Sus familiares rompieron a reír. Kafka tenía catorce años y aquella tarde no pudo escribir nada más. Años después confesó: «No soy más que literatura y no puedo ni quiero ser nada más».

Tal vez Schopenhauer hubiera podido esbozar sus reflexiones aun en plena confrontación con Hegel.

Kafka, sin miedo, no sería Kafka.

*Agustín Sierra es Licenciado en Filosofía*

---

5. Pedro Redondo Reyes, *Aproximaciones. Microensayos lúdicos de literatura comparada*, Paralelo Sur Ediciones, Barcelona, p. 108.